

DÍA 28: ESPERANDO LA VENIDA DE SU HIJO

«Sed semejantes a hombres que aguardan a su señor cuando regrese de las bodas.» (Lucas 12:36.)

A que guardes el mandamiento sin mácula ni reprensión, hasta la aparición de nuestro Señor Jesucristo, la cual a su debido tiempo mostrará el bienaventurado y único Soberano, Rey de Reyes y Señor de señores. (1.* Timoteo 6: 14,15.)

Abandonando los ídolos para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su hijo. (1." Tesalonicenses 1:9,10.)

Esperando en Dios, en el cielo, y esperando a su Hijo del cielo, las dos cosas las ha juntado Dios, y nadie puede separarlas. El esperar en Dios, su presencia y su poder en la vida diaria será la única preparación verdadera para la espera de Cristo en humildad y verdadera santidad. El esperar a Cristo que aparecerá desde el cielo, para llevarnos al cielo, dará al esperar en Dios su verdadero tono de esperanza y gozo. El Padre, que a su sazón revelará a su Hijo desde el cielo, es el Dios que, mientras esperamos en El, nos prepara para la revelación de su Hijo. La vida presente y la gloria venidera se hallan inseparablemente entrelazadas en Dios y en nosotros.

Hay a veces peligro en separarlas. Es siempre más fácil envolverse en la religión del pasado o del futuro que ser fiel a la religión de hoy. Al mirar lo que Dios hizo en el pasado, o hará en el futuro, se nos escapa a veces la exigencia del deber presente y la sumisión de hoy a su obra. El esperar en Dios debe conducirnos a esperar a Cristo como la gloriosa consumación de su obra; y el esperar a Cristo, debe recordarnos siempre el deber de esperar en Dios como la única prueba de que el esperar a Cristo es en espíritu y en verdad. Hay el peligro de que nos ocupemos tanto con las cosas que han de venir como con Aquel que ha de venir. Hay un campo tal en el estudio de los sucesos que han de venir para la imaginación y la razón humana, que nada sino un humilde esperar en Dios puede salvarnos de tomar equivocadamente el interés y placer intelectual del estudio, por el verdadero amor a Él y su aparición. Todos los que decís que estáis esperando la venida de Cristo estad seguros que estáis también esperando en Dios ahora. Todos los que procuráis esperar en Dios ahora para que revele a su Hijo en vosotros, procurad hacerlo como quienes esperan la revelación del Hijo desde el cielo. La esperanza de esta gloriosa aparición fortalecerá vuestro esperar en Dios por lo que Él ha de hacer en vosotros ahora. El mismo amor omnipotente que ha de revelarnos esta gloria está obrando en vosotros ahora, para haceros aptos para ella.

«Aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo» (Tito 2:13), es uno de los

grandes lazos de unión dado a la Iglesia de Dios de todas las edades. «El vendrá para ser glorificado en sus santos, y para que se maravillen en El todos los que creen.» Entonces nos reuniremos todos, y la unidad del cuerpo de Cristo se verá en toda su divina gloria. Será la congregación y el triunfo del amor divino. Jesús recibiendo a los suyos y presentándolos al Padre. El reunirnos con El y adorar en amor inexpresable su bendito rostro; el reunirnos con cada uno de nosotros, en el éxtasis del mismo amor de Dios. Esperemos, anhelemos y amemos la aparición de nuestro Señor y Esposo celestial. La verdadera y única marca del espíritu nupcial es amor tierno hacia El y amor tierno de los unos a los otros.

Me temo en alto grado que olvidamos esto con frecuencia. Se hace a veces énfasis en la expectativa de la fe como la verdadera marca de la Esposa. Si así fuera podría darse el caso de una novia indigna que pensara en la boda sólo por lo que va a sacar de ella, y considerársela una esposa fiel. No. La expectativa de la fe puede existir sin haber amor. No es cuando nos ocupamos en temas proféticos que estamos en el lugar de la esposa, sino cuando en humildad y amor nos acercamos al Señor y a los hermanos. Jesús rehúsa aceptar nuestro amor si no va acompañado de amor a sus discípulos. Su venida significa esperar la gloriosa manifestación venidera de la unidad del cuerpo, mientras que procuramos aquí mantener esta unidad en humildad y amor. Los que más aman son los que están más preparados para su venida. El amor de unos a otros es la vida y la belleza de su Esposa, la Iglesia.

Y ¿cómo se ha de realizar esto? Querido hijo de Dios, si quieres aprender rectamente a esperar al Hijo del cielo, vive ahora esperando en Dios en el cielo. Recuerda que Jesús vivió siempre esperando en Dios. El no podía hacer nada de sí mismo. Era Dios el que perfeccionaba a su Hijo a través del sufrimiento y que luego lo exaltó. Es Dios sólo que puede darte la vida profunda espiritual de aquel que realmente está esperando al Hijo: espera en Dios. El esperar a Cristo mismo es tan diferente de esperar las cosas que puede que ocurran. Esto último lo puede hacer todo cristiano; lo primero, el esperar a Cristo, Dios debe obrarlo en ti cada día por medio del Espíritu Santo. Por tanto vosotros, todos los que esperáis en Dios, procurad que El os dé gracia para esperar a su Hijo desde el cielo, en el Espíritu que viene del cielo. Y los que queréis esperar al hijo, esperad en Dios, para que os revele continuamente a Cristo en vosotros.

La revelación de Cristo en nosotros, tal como es dada a aquellos que esperan en Dios, es la verdadera preparación para la plena revelación de Cristo en gloria.

¡Alma mía, espera sólo en Dios!